

El MITO ARTÚRICO



1. Presentación de la leyenda.

La leyenda artúrica, como todas las leyendas antiguas y medievales, es el resultado de un **largo proceso de elaboración**, que bebe de fuentes históricas, mitológicas y literarias por igual.

De hecho, la memoria colectiva de la humanidad se construye a partir de la asociación o mezcla de varias fuentes. Quizás el ejemplo más evidente que se puede poner hoy en día para entender esta cuestión es la existencia de diversas **versiones** de una misma historia. Por ejemplo, dos variantes de un mismo héroe de ficción —hemos asistido, en poco tiempo, a la existencia de diversas sagas distintas y con actores diferentes— o incluso los personajes de los cuentos de hadas: en los últimos tiempos se están realizando películas de «acción real» sobre personajes que todos conocemos en nuestra niñez, en dibujos animados a cargo de Walt Disney. Los ejemplos se están acumulando: Caperucita Roja, Blancanieves o la Bella Durmiente, la bruja Maléfica, etc.

1.1. El origen literario de la leyenda artúrica

Como toda historia de origen épico, la del rey Arturo se basa por supuesto en las **tradiciones galesas y bretonas** de la alta Edad Media, y en algunos hechos **históricos** acaecidos entre los siglos V-VI d.C. En los siglos posteriores, irán apareciendo obras que constituirán el génesis de lo que se conoce como la **Materia de Bretaña**, conjunto de escritos que narran el **ciclo artúrico**.

Las principales **características** de las obras del ciclo Artúrico se explican por ser un género literario nacido en las cortes medievales para un público cortesano:

Los **personajes** son planos y fijos: el rey, los caballeros y las damas. El rey prototipo es **Arturo**, caracterizado como generoso, valiente y cortés. Está por encima de todos y su corte es un marco que envuelve las aventuras de los caballeros. El caballero se mueve por afán de gloria personal y para conquistar el amor de su dama. Está idealizado.

El tiempo y el espacio son irreales, pasados: se sitúan en una lejana edad dorada, en un paisaje celta o imaginario. Además, aparecen **elementos maravillosos**: magia, personajes y objetos mitológicos o sagrados. Por ejemplo: el **mago Merlín** o la espada **Excálibur**, así como la famosa búsqueda del **santo Grial**.

1.2. El personaje histórico de Arturo

Poco se sabe de él, excepto que las crónicas lo llaman dux, no rey, título que se solía aplicar a los jefes militares, de forma similar al imperator romano. Según éstas, Arturo comandó el ejercito que se enfrentó a los sajones. El resto de datos de la leyenda pertenecen de una manera u otra al folklore popular galaico-britano.

1.3. Tramas del ciclo artúrico

Existen diversas **versiones** de la leyenda artúrica. No obstante, hay ciertos elementos que tienden a repetirse. Una visión resumida del mito podría seguir la siguiente: Arturo es el hijo del rey **Uther Pendragón** e **Igrayne**. Cuando nace es tomado por Merlín, quien se lo entrega a sir Ector para que lo críe como si se tratara de su propio hijo.

Cuando el rey Uther muere y Arturo cumple 16 años, Merlín le revela su verdadera paternidad después de que el joven logre sacar una espada clavada en un yunque que nadie podría sacar, excepto el “el verdadero rey de toda Inglaterra”

A partir de ahí, Arturo consigue unificar el **Reino de Bretaña** ayudado por los consejos del sabio **Merlín**, a quien la magia no resulta ajena. Merlín proporciona una serie de ayudas a Arturo y le hace las veces de tutor. Tras la boda del rey con la reina **Ginebra**, crean la institución de la orden de la **Tabla Redonda**

Otro motivo que se repite es la búsqueda del **santo Grial**, el cáliz que recogió la sangre de Jesucristo en la cruz. Una búsqueda espiritual que tan solo los caballeros más puros podrán coronar con éxito.

1.4. El ciclo artúrico en nuestros días

Además de conocer muchas adaptaciones cinematográficas, las leyendas artúricas estimularon la imaginación de muchos pueblos y escritores europeos. **Galicia** guarda una estrecha relación con esta saga, ya que una leyenda afirmaba que los caballeros de Camelot habían venido a la búsqueda del Santo Grial, que hoy en día aparece en el escudo gallego. Autores como **Álvaro Cunqueiro** (*Merlín e familia*) o Méndez **Ferrín** (*Percival e outras s historias*) recurrieron en diversas ocasiones a estas narraciones.

Entre las adaptaciones cinematográficas destaca por encima de todas **Excalibur** (1981). Sobresale por ambientar de manera magistral aquel impresionante mundo medieval, y por ser la más fiel adaptación hasta la fecha del mundo artúrico. Cabe también destacar otros títulos, como la delirante **Los caballeros de la mesa cuadrada** (1975) de los británicos **Monty Phyton**, una divertida adaptación paródica del mito.

Fragmento de *El rey Arturo y sus caballeros de la mesa redonda*, de Roger L. Gren

Merlín llegó a Londres y habló con el arzobispo, y de mutuo acuerdo convocaron una gran reunión de caballeros para el día de Navidad. Tantos fueron los congregados que no había sitio para todos ellos en la iglesia de la abadía, de forma que muchos tuvieron que seguir los oficios desde el patio de la iglesia.

En mitad del servicio se elevó de repente un murmullo de admiración fuera de la abadía, pues en el patio pudo verse —aunque nadie advirtiera su llegada— una gran losa cuadrada de mármol y, sobre ella, un yunque de hierro, y clavada en el yunque, con la punta profundamente hundida en él, una gran espada de resplandeciente acero.

Cuando acabó la liturgia, el arzobispo y los señores y caballeros que estaban en la abadía salieron a ver aquella espada maravillosa. En torno al yunque, en el mármol, vieron letras grabadas en oro puro que decían: *El que saque esta espada de la piedra y del yunque es el rey legítimo de toda Bretaña*.

Al leer este mensaje, muchos trataron de extraer la espada, pero ni uno consiguió aflojarla ni siquiera el grosor de un cabello.

—No está el rey entre los aquí reunidos —dijo el arzobispo—, pero no dudéis de que Dios nos ha de enviar un nuevo monarca. Que se despachen mensajeros por todo el país, que se sepa lo que está escrito en esta piedra. El día de Año Nuevo celebraremos un gran torneo y entonces sabremos si nuestro rey se encuentra entre los que vienen a las justas. Hasta entonces, es mi consejo que elijamos diez caballeros para guardar la espada, y que sobre ella erijamos un rico pabellón que la proteja.

Así se hizo, y el día de Año Nuevo se reunió una gran multitud de caballeros. Pero ninguno fue capaz de arrancar la espada de la piedra. Entonces se apartaron un poco de allí, y levantaron tiendas, y celebraron un torneo o batalla fingida en el que midieron sus fuerzas y su habilidad con la lanza de madera o con la espada ancha.

Y sucedió que entre los que vinieron al torneo estaba el buen caballero sir Héctor y su hijo Kay, que hacía pocos meses que había sido armado caballero; y con ellos venía Arturo, el hermano pequeño de sir Kay, un joven mancebo de apenas dieciséis años.

Mientras cabalgaba hacia las justas, sir Kay advirtió de repente que se había dejado la espada en sus aposentos, y le pidió a su hermano Arturo que se la trajera.

—Enseguida —respondió el joven Arturo, siempre dispuesto a hacer lo que fuera por los demás, con lo que volvió al galope a la ciudad. Pero la madre de sir Kay había echado la llave a la puerta para ir ella también al torneo, así que Arturo se vio imposibilitado de entrar en la casa.

«Mi hermano necesita una espada», pensaba Arturo mientras volvía lentamente, preocupado sobremanera por su hermano. «Sería una gran vergüenza y motivo de crueldad el que un caballero tan joven fuera a las justas sin espada. Pero ¿dónde puedo encontrarle una?... ¡Ya lo

tengo! Había una clavada en un yunque en el patio de la iglesia. La cogeré: allí no sirve para nada».

Así que Arturo espoleó su montura y se presentó en la iglesia. Ató el caballo y corrió a la tienda que había levantada sobre la piedra. Sin pararse a leer lo que ponía en la piedra, Arturo sacó la espada sin ningún esfuerzo, corrió hasta su caballo y, en un instante, estuvo junto a sir Kay, a quien entregó el arma.

Arturo desconocía el significado de ese acero, pero Kay, que poco antes había intentado arrancarlo del yunque, lo reconoció de una mirada. De inmediato fue hasta su padre, sir Héctor, y le dijo:

—¡Mirad aquí, señor! ¿No es esta la espada que había que sacar del yunque? ¡Es claro pues que yo soy el rey legítimo de toda Bretaña!

Pero sir Héctor conocía demasiado bien a su hijo Kay, por lo que en vez de creerle volvió con él a la iglesia y allí, con la mano sobre la Biblia, le hizo jurar solemnemente decir la verdad sobre la manera en que se había hecho él con la espada.

—Mi hermano Arturo me la ha dado —respondió Kay con un suspiro resignado.

—¿Y tú? ¿Cómo conseguiste tú la espada? —preguntó sir Héctor a su hijo menor.

—Señor, os lo diré —respondió Arturo, temeroso de haber cometido alguna falta—: Kay me ordenó ir a por su espada, pero, al no poder traérsela, me acordé de esta otra que había visto clavada sin que a nadie sirviera en un yunque en el patio de la iglesia. Pensé que mi hermano le daría buen uso, así que se la traje.

—¿Había algún caballero guardando la espada?

—Ni uno —respondió Arturo.

—Bien. Vuelve a meter la hoja en el yunque para que veamos cómo la extraes.

—Como gustéis —respondió Arturo, sorprendido por todo el alboroto que se estaba montando en torno a una espada; y la volvió a meter en el yunque.

Entonces sir Kay la cogió por la empuñadura y tiró con todas sus fuerzas. Pero, por más que forcejeó y pugnó por moverla, no la consiguió aflojar ni el grosor de un cabello. También lo intentó sir Héctor, sin obtener mejores resultados.

—Sácala —le ordenó a Arturo.

Y este, cada vez más desconcertado, cogió la espada por el pomo y la extrajo sin dificultades.

—Bien entiendo ahora —dijo sir Héctor, hincándose de rodillas ante Arturo e inclinando la cabeza en señal de acatamiento— que ningún otro sino vos es el rey legítimo de esta tierra.

—Entonces, si es cierto que soy rey —dijo Arturo inclinando la cabeza sobre el puño en forma de cruz de la espada—, juro solemnemente dedicarme al servicio de Dios y de mi pueblo, a enmendar agravios, a combatir el mal, a traer la paz y la prosperidad a esta tierra...